

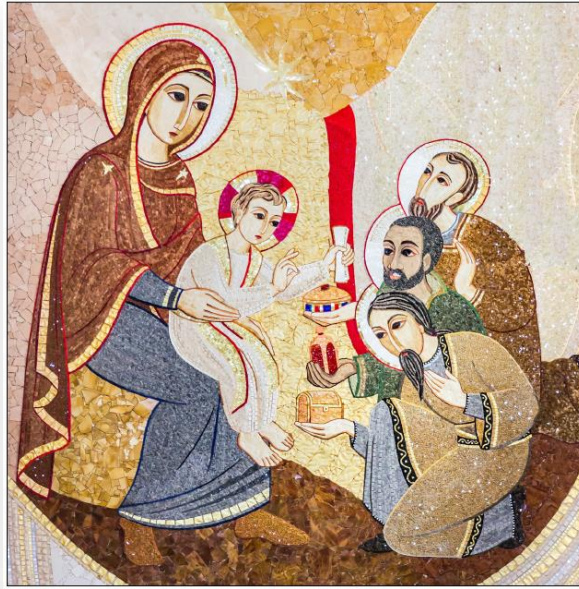
EPIFANIA DEL SEÑOR

"Las naciones serán atraídas a tu luz, y los reyes al amanecer de tu nuevo día".

Is. 60, 1 – 6

Los Magos de Oriente llegaron a Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el rey de los judíos recién nacido? Vimos su estrella al salir y hemos venido a rendirle homenaje".

Mt. 2, 1 – 12



Mis conocimientos de astrología son, en el mejor de los casos, elementales. Sin embargo, todavía hay millones de habitantes de este mundo que siguen creyendo que los planetas y las estrellas influyen en los acontecimientos mundiales y en la suerte de nosotros, los seres humanos. Innumerables periódicos siguen publicando vagos detalles de lo que nos espera según bajo cuál de los doce signos zodiacales (estrellas o cúmulos de estrellas) hayamos nacido. A lo largo de los siglos, los pueblos del llamado mundo occidental se han sentido fascinados por los extranjeros de Oriente y sus misteriosas prácticas. Parece que el evangelista Mateo compartía esa fascinación, lo que le llevó a concluir que los astrólogos de Oriente vinieron en busca del recién nacido Jesús, quien, concluyeron, debido al intenso brillo de la estrella bajo la que había nacido, debía ser una persona muy importante.

Mateo contó la historia de los Magos a la comunidad de creyentes para la que escribió su Evangelio, con el fin de demostrar que Jesús, la Luz del mundo, había nacido entre ellos en beneficio de todos los pueblos de la tierra.

Desde los tiempos de Mateo, los cristianos de todos los tiempos se han sentido tan cautivados por la historia de los Reyes Magos que la han adornado, del mismo modo que muchos de nosotros seguimos haciendo con nuestras historias favoritas, que contamos una y otra vez. A lo largo de los años, algunos han transmutado a estos viajeros en tres reyes por los regalos de oro, incienso y mirra que, según Mateo, traían, mientras que otros les han atribuido los exóticos nombres de Caspar, Melchor y Baltasar. Otros han afirmado que guardan las reliquias de los personajes centrales de la historia de Mateo. En el relicario de la catedral de Colonia (Alemania) hay una urna de oro bellamente labrada con una inscripción que afirma que en su interior están los huesos de los Magos del Evangelio de Mateo. Recuerdo a los lectores una frase mía que repito a menudo: "Todas las historias son ciertas. Algunas son reales".

Con esto como introducción, quiero sugerir que esta historia tiene un mensaje para nosotros. Mateo ha alertado a todos los que se comprometen con su Evangelio de que el nacimiento de Jesús es una expresión tangible del amor de Dios por toda la humanidad. Aceptarlo como una dimensión central de nuestra fe significa que reconocemos que Jesucristo se identifica con nosotros como nuestro hermano, cuyo amor sin límites le llevó a vivir y morir por nosotros. A su vez, nuestra identificación con él conlleva la consecuencia de que cambiaremos en la medida en que asumamos como misión en la vida la responsabilidad de reflejar algo de su bondad, amor, compasión y perdón a todas las personas con las que nos encontremos.

A principios de los años setenta, entré a formar parte del profesorado del St Patrick's College de Strathfield. El lema de esa institución educativa es: *Luceat lux vestra*. - Deja que brille tu luz. Me atrevo a sugerir que Mateo, al narrar la historia de los Reyes Magos, dio a entender que los exóticos visitantes que acudieron a visitar a Jesús volvieron a casa significativamente diferentes a causa de su encuentro con él en el establo de Belén. Habiendo seguido la luz de la estrella, se encontraron con la Luz del Mundo y emprendieron el camino de vuelta a casa reflejando la luz que encontraron, dejando así brillar su luz.

Este relato de la visita de los Magos nos plantea un desafío adicional. Mientras Mateo afirmaba que el nacimiento de Jesús era una clara expresión del amor de Dios por los pueblos de todas las naciones, la llegada de extranjeros/extraños a Belén nos interroga sobre nuestra actitud hacia los pueblos de Oriente Próximo, Oriente Medio y Extremo Oriente, de Sudán y del subcontinente y de otras culturas con las que estamos poco familiarizados, pueblos que aún no han encontrado a Jesús, la Luz del Mundo. ¿Nos consideramos superiores? ¿Los vemos como si vivieran en la oscuridad? ¿Estamos abiertos a la luz que ellos reflejan? ¿Cómo les hacemos brillar nuestra luz con sensibilidad a través de la aceptación, el respeto, la tolerancia y la voluntad de aprender de ellos?

Vivimos en un mundo en el que las naciones guerrean entre sí, en el que sus dirigentes están obsesionados por las represalias, por buscar venganza, por vengarse de quienes les han "ofendido". No seremos instrumentos de paz en la escena internacional hasta que dejemos de hacernos la guerra unos a otros en nuestros hogares, nuestras familias, nuestras comunidades y nuestros barrios. ¿Cómo podemos estar a la altura de este desafío?

Hace casi ochenta años, un sacerdote de Maryknoll llamado James Keller fundó un grupo llamado *The Christophers* cuyo lema es: "Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad". Aunque el nombre del grupo procede del griego *christopheros*, que significa portadores de Cristo, su lema atrae a personas de todas las creencias y de ninguna. Los visitantes de Belén procedentes de Oriente, se dirigieron a casa como portadores de Cristo. La celebración de la Epifanía nos insta a preguntarnos en qué medida somos cristóforos en nuestro mundo.

La palabra Epifanía es otra palabra inglesa derivada del griego. La palabra griega *epiphaneia* significa aparición, revelación o manifestación. En cierto sentido, la celebración de la Epifanía trata de revelarnos el significado esencial de la Navidad: el nacimiento de Jesús, la Luz del mundo como uno de nosotros. Como seguidores de Jesús, nuestra misión como cristianos es reflejar la luz de Cristo a nuestros hermanos y hermanas, ser Cristóforos para todos aquellos con quienes nos relacionamos.

Hno. Julian McDonald, CFC